

vilegio de hallarse la más adelantada en el interior de las tierras, en el fondo mismo del golfo que todavía lleva su nombre, sino que posee también una rada y un puerto completamente excepcionales que le hacían famoso en el mundo de los marinos, desde Tiro a Gades. La rada denominada «Mar Grande» es por sí misma un puerto, lago circular de más de veinte kilómetros de circunferencia, defendida del mar por dos puntas de tierra y dos islas; el «Pequeño Mar», separado del «Grande» por una flecha de arena y un islote calcáreo, en otro tiempo accesible por una puerta natural, era también suficientemente extenso para recibir grandes flotas. Al Norte, al Este y al Sudeste se extienden las bellas campiñas de los Mesapios y de los Apulianos y se abren los valles de los Samnitas, de donde procedían en abundancia los géneros de cambio con las preciosas mercancías de Oriente, aportadas por los Fenicios y los Griegos: de ese modo Tarento había llegado a ser el más rico depósito de toda la península italiana, y por su dinero, lo mismo que por sus armas, había subyugado numerosas tribus guerreras en las montañas del Oeste; sus trofeos brillaban en el santuario de Delfos. Pero el mismo orgullo atrajo su desastre, puesto que llegó un día en que osó medirse con Roma, que llegó a ser poderosa a su vez. Sus murallas fueron arrasadas y sus habitantes vendidos como esclavos; la arena se depositó en la boca del puerto y los gamones germinaron en medio de las ruinas.

*
*
*

Entre las Tiro y las Sidón nuevas, que hallando ya el sitio ocupado por los Griegos en el Mediterráneo oriental, habían surgido más al Oeste, ninguna, ni aun la antigua Utica, gozó de un medio tan favorable como Cartago, Karl-Khadachathonh, la «Nueva Fortaleza» por excelencia, para desarrollarse en una poderosa individualidad política y crearse un vasto imperio de explotación comercial. A este respecto, la hija excedió a la madre, Cartago fue más grande que Tiro.

Venidos primeramente como huéspedes al país de los Libios, hace quizá veintisiete siglos, en una época en que los Griegos no poseían

aún poderosas colonias en el Mediterráneo occidental y en que Roma no existía, los colonos fenicios debieron comenzar por manifestarse muy humildes, muy pequeños, como conviene a los débiles, y la leyenda nos les muestra al principio implorando de los propietarios

N.º 182. Gran Grecia



1 : 3 500 000

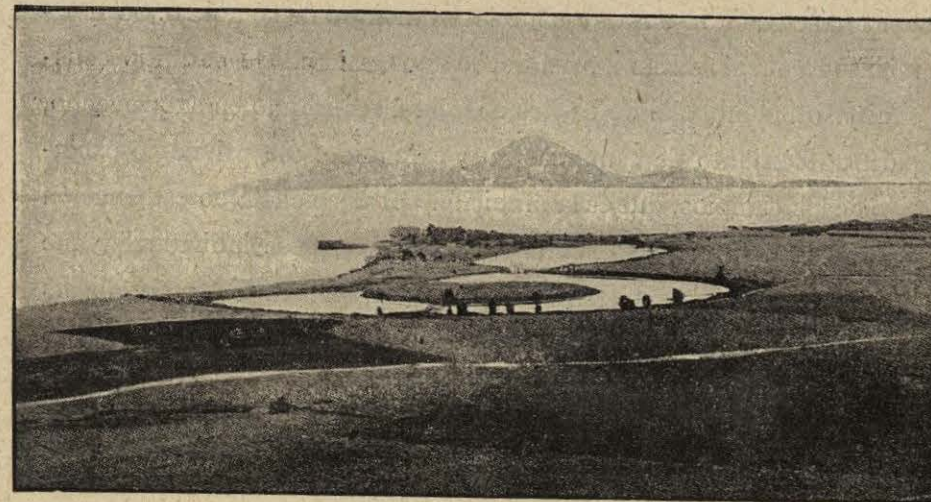
0 50 100 200 Kil.

de la comarca la concesión de un simple pie de tierra, del espacio que pudiera cubrir una sola piel de buey o que pudiera circunscribir una estrecha tira cortada de esa piel; un equívoco involuntario, como los que ocurren siempre entre pueblos que hablan lenguas diferentes, explica así el nombre de Byrsa, que, en púnico, no tiene otro sentido que el de «Ciudadela».

Pero esos marinos, partidos del lejano Oriente, eran a la vez portadores de mercancías preciosas, de objetos brillantes que agradaban a los pueblos semibárbaros de la comarca, y de una civilización hereditaria que les hacía muy superiores a sus nuevos vecinos por los conocimientos, el ingenioso empleo de los recursos de la Naturaleza y el funesto genio en el arte de gobernar los hombres. De suplicantes que habían sido, los Cartagineses se hicieron pronto los amos; después de haber pagado el tributo, se le hicieron devolver doble y triple: pronto excedieron los límites marcados por la supuesta «tira» de piel de buey y conquistaron todo el país circundante.

Entre tantas colonias fenicias fundadas lejos de la madre patria, Cartago debía ocupar el primer lugar, porque es incontestablemente la que tiene la posición geográfica más ventajosa, no sólo desde el punto de vista de las condiciones locales y regionales, sino relativamente al conjunto del mundo entonces conocido. La antigua Byrsa de la leyenda tenía ante todo para sí el esplendor del paisaje que le rodeaba, el soberbio promontorio de rocas abruptas que sostiene actualmente las casitas blancas de Sidi bu Said, la lengua de tierra verdosa que se desarrolla como un cinturón y el lago llamado hoy de Túnez, y más allá las montañas que azulean en lontananza y que domina una cima de doble cuerno. El macizo de alturas sobre el cual se elevaba la ciudad, está bien aislado por todas partes, ofreciendo toda facilidad para la defensa, mientras que en la base se abría un pequeño puerto, al presente enarenado, y que se redondeaba al Este en una ancha rada. Un lago sobre el cual volteaban las aves pescadoras, suministraba a los habitantes los frutos de mar en abundancia; unas campiñas fértiles se prolongan al Sud hacia los montes de venas metálicas; por último, a corta distancia hacia el Norte vierte en el mar cierto río caudaloso que abre un camino de centenares de kilómetros en desarrollo hacia las mesetas herbosas del interior.

Lo expuesto concierne a las ventajas inmediatas; pero en sus relaciones con el conjunto de las regiones mediterráneas, Cartago es ciudad todavía mucho más privilegiada. La parte de la Mauritania que ocupa está precisamente situada en el ángulo de la gran isla montañosa comprendida entre el Mediterráneo, el Océano y el Sahara, y esta posición, como vigía sobre uno de los cabos angulares, domina



PUERTO DE CARTAGO, EN LONTANANZA LA MONTAÑA DE LOS DOS CUERNOS ¹

la vía de navegación por donde forzosamente han de pasar los marinos que van de uno a otro de los grandes lagos del mar interior: hacia Cartago gobernaban los navíos para tomar el viento que, sobre los mares lejanos, les conducía al puerto: la ciudad púnica se hallaba, pues, en el punto mejor situado de todos como punto de cita y de cambio, si no en el centro geométrico, al menos en el verdadero medio geográfico del Mediterráneo. Y las ventajas que poseía Cartago para el tráfico de las mercancías, las poseía también por la vigilancia celosa de los mares y por la dominación de las costas poco lejanas en las islas y en la tierra firme. Por un fenómeno de gravitación natural, la mayor parte de los puertos de la Mauritania y de la Hispania oriental, las Baleares y las costas de las grandes islas Córcega, Cerdeña y Sicilia cayeron en poder de los mercaderes o de los corsarios cartagineses.

Aventurados tan lejos del lugar de origen, en medio de poblaciones tan diferentes por el lenguaje, las costumbres y la concepción de la vida, los colonos fenicios establecidos en Byrsa no podían lograr su objeto sino a condición de formar un cuerpo político muy compacto y solidario, capaz de resistir los ataques del exterior por la unión perfecta de todos sus elementos interiores, y bastante hábil

¹ Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.

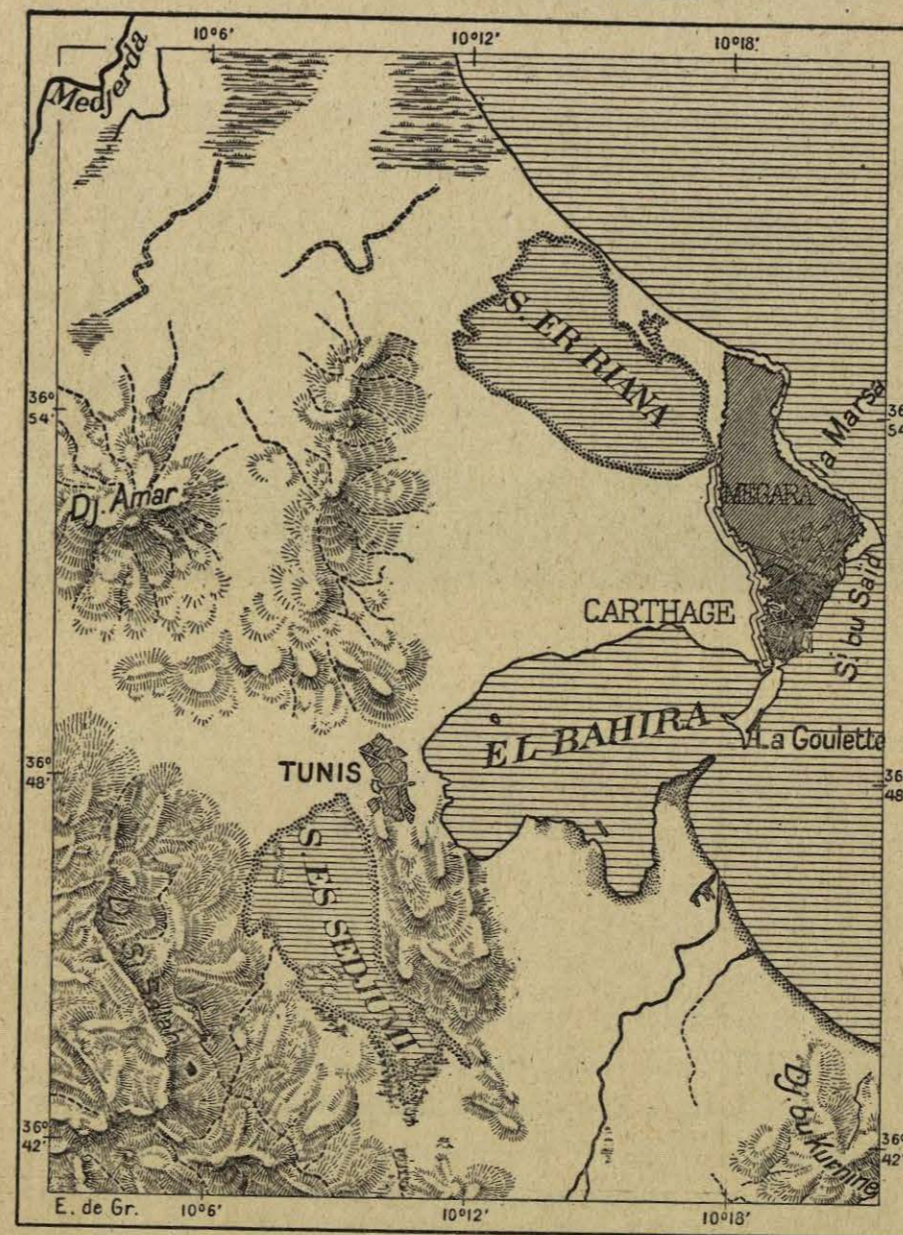
para hacerse indispensable como intermediario de comercio. Su aislamiento en medio de los mares del lejano Occidente le permitió constituirse un monopolio de tráfico absoluto, realizando en su provecho, para un conjunto de comarcas muy extendido, ese privilegio exclusivo de los cambios, que es la ambición por excelencia de cada nación comercial, hasta de cada ciudad, de cada empresa individual y que en nuestro mundo moderno ha dado origen a la industria de los privilegios de invención y a los sindicatos de explotación. Verdad es que las ciudades griegas Atenas, Corinto, Egina y Siracusa habían tenido esa misma ambición, pero tuvieron que sufrir la gran concurrencia de ciudades vecinas, y Cartago las excedió ciertamente como centro de acción poderosísimo para los negocios.

Gracias a su posición geográfica mucho más avanzada en la dirección del Oeste, Cartago reemplazó sobreponiéndose a la madre patria de la costa fenicia, como centro de comercio para el Mediterráneo occidental y para la puerta del Océano. Tomó la mayor parte de las colonias sirias y fundó otras nuevas, entre ellas la «Nueva Cartago» o Cartagena, que, desde aquella época, no dejó de ser una ciudad importante. Por último, se entregó igualmente a empresas de descubrimiento para ensanchar su territorio de tráfico, y quizá también para satisfacer la curiosidad de sus naturalistas y sabios. Así fué como, hace más de veintitrés siglos y medio, la ciudad comercial hizo partir para la costa occidental de Africa toda una flota de sesenta barcos de cincuenta remeros, llevando, dicen, treinta mil tratantes y colonos. Esta expedición, mandada por un gran navegante, Hannon, parece haber pasado los cabos extremos que, dos mil años después, detuvieron por tanto tiempo a los marinos portugueses, pero no pasó más adelante de los parajes actuales de Sierra Leona, detenida quizá por la falta de víveres, la fatiga y la mortalidad de las tripulaciones ¹. Hannon hubo de contentarse con el estéril honor de erigir un estelio en un templo y de hacer grabar en él la relación de su periplo africano. En la misma época, Hamilcon, otro navegante de Cartago, se aventuró a través de los mares tempestuosos de la Europa occidental para ir a visitar las islas Casitéridas;

¹ Bunbury, *History of ancient Geography*.

pero su flota, batida por los vientos contrarios, tardó ciento veinte días en hacer el viaje y tuvo que invernar en las regiones inhospita-

N.º 183. Cartago y sus inmediaciones



1 : 250 000

0 5 10 15 Kil.

rias del Norte. Los peligros de la expedición parece que desanimaron a los Cartagineses, porque Hamilcon no tuvo sucesores en